

# Revista de la Quincena.

El mes que acaba de pasar no ha dejado de ofrecer sucesos dignos de recordarse, así en el campo de los hechos históricos, como en el de los literarios y artísticos. En él se ha puesto la primera piedra del futuro templo de las leyes; en él ha recibido el talento premios lisonjeros y nobles estímulos; en él se ha anunciado la publicación de una obra, recomendable por el celo y laboriosidad que supone, no menos que por su alta trascendencia social, económica y política; y en él, por último, se ha presentado á los ojos del público una célebre bailarina, cuya reputación extendida y colosal, según con gusto hemos visto, no se fundaba en las ilusiones y caprichos de la moda.

El 10 fue el día señalado para que S. M. echase los cimientos del palacio del nuevo Congreso que ha de levantarse en el solar del antiguo. La ceremonia fue digna de su objeto, digna del culto pueblo de la capital, y digna sobre todo de la hija de cien reyes, cuya aurora ha lucido en el horizonte de España, junto con la aurora de la libertad y de las ideas más generosas y progresivas de la época. S. M., que celebraba su cumpleaños con un suceso de suyo poco común en la serie de los tiempos, dejó admirada á la inmensa concurrencia de la facilidad, decoro y nobleza de su porte y modales, en un todo conformes á la elevación del puesto que la Providencia le ha destinado, y á las felices disposiciones que en su carácter se notan. En los cimientos se enterró una gran caja de plomo con diversas monedas de la época, un ejemplar del código político, y un número de cada periódico de los actuales. El acto se verificó con arreglo al programa anunciado, y después de concluido, S. M. y A. asistieron en el Prado al desfile de las tropas de la guarnición en medio del numerosísimo concurso que las rodeaba y victoreaba.

La importantísima obra que arriba queda mencionada es el Diccionario Geográfico Estadístico-Histórico de España del Sr. Madoz, que tantos desembolsos, trabajos y asiduidad le ha costado, y que según nos lisonjamos en creer, producirá el fruto que su autor apetece. El prospecto que se ha repartido da á entender la sencillez y buen criterio con que está dispuesto el plan, y las condiciones de la suscripción son llevaderas, ó por mejor ventajosas, si se atiende á los dispéndios hechos en tantos años empleados en recoger toda clase de datos á la clase de papel, y á la gran cantidad de materia que contiene la impresión compacta y menuda, aunque distinta y clara. Por nuestra parte lo recomendamos eficazmente.

Los teatros no han estado ociosos durante este tiempo. El del Príncipe ha puesto en escena la comedia de D. Tomás Rodríguez Rubí *La Rueda de la Fortuna*. Por excusado pudiéramos tener hablar de una composición que probablemente pocos dejarán de haber visto y juzgado por sí en las diez y ocho representaciones seguidas que se han dado, siempre con extraordinaria concurrencia; sin embargo en joyas de tal clase siempre se detiene la vista complacida, y por otra parte no sería justo que un periódico de esta naturaleza dejase de consagrar un recuerdo á una obra dramática en que la verdad de los caracteres, la gracia, facilidad y cortesano chiste del diálogo, la naturalidad de las situaciones, el hábil manejo de los recursos escénicos, y por último la nobleza de los sentimientos, no se desmienten hasta el fin. El único lunar que en ella se advierte es la inverosímil franqueza y locuacidad de los embajadores; pero este es un escollo que el señor Rubí sabrá evitar diestramente dentro de poco, según fundadamente debe esperarse de sus extraordinarios adelantos. En 1840 se estrenó su primera comedia *Toros y Cañas*, y en solos tres años se ha elevado el arte en las manos de este autor, que cuenta muy pocos, á la perfección que revela *La Rueda de la Fortuna*: síntoma dichoso que nos hace aguardar con confianza la creación, complemento y desarrollo de la comedia española, acomodada á lo que reclaman ya las mudanzas que el embate continuo de los tiempos y de las ideas van introduciendo en nuestra sociedad.

Lisonjero galardón ha sido el del aplauso público y verdaderamente popular para los trabajos de este joven, modesto y estimable poeta; pero la asistencia de S. M., las benévolas palabras con que fué acogido en su real presencia al tener la honra de besarle la mano, y el deseo que la augusta niña manifestó al señor ministro de la Gobernación de que los estudios literarios del autor fuesen recompensados con la cruz supernumeraria de Carlos III, según lo del decreto de la

Gaceta, concediéndole esta honorífica distinción, no es el menos verde de sus laureles. Dichosa y fuerte sanción la de los actos del poder cuando tienen por fianza las estrepitosas manifestaciones de un pueblo que no se cansaba de llamar á la escena al Sr. Rubí para darle testimonios de su agrado y benevolencia.

La ejecución de esta comedia fué esmeradísima, y pocas representaciones pueden verse de un conjunto más regular y armonioso. A todos los actores debe el poeta obligación por la inteligencia y fidelidad con que dieron vida y movimiento á sus creaciones, pero muy particularmente á la señora doña Matilde Díez, cuyo tono de fatura, discreción y urbanidad dejó muy poco que desear. Los trajes y decoraciones guardaron proporción con todo lo demás.

Después de tan agrañable función el público ha visto con desagrado, en nuestro entender justo, la comedia de magia titulada *Las Batuecas*, obra de un autor que había levantado este género á una altura desconocida, pero que de esta vez no ha acertado á sostenerse en ella. Las pocas gracias que contiene el diálogo son descoloridas en demasía, y de ningún modo compensan lo desordenado de la fábula, la inverosimilitud de los caracteres y situaciones, y la flojedad y desaliño con que marcha á un desenlace, preparado con escaso acierto y frío de suyo. Poca nombradía reportará al autor esta comedia: afortunadamente su reputación descansa en bases indestructibles, y en manera alguna puede sufrir menoscabo por un momento de escasa inspiración. En cambio las decoraciones y adornos escénicos son de un gusto y esplendor verdaderamente notables, y hacen gran honor al talento artístico del Sr. Lucini, que sin duda es el que más descuellan en esta función. El aparato es en verdad su más eficaz recomendación, y naturalmente despertará la curiosidad pública.

El teatro de la Cruz ha hecho en su local una mudanza que debe alabarse por la comodidad y baratura que ofrece, único modo de poner al alcance de la clase más numerosa los gozos cultos y delicados del teatro, que sino mejora las costumbres, sobre todo en esta época, sin duda las suaviza y dulcifica. En vez del antiguo anfiteatro y cazuela, se ha hecho una gradería corrida que proporciona mejor vista y mayor número de asientos que el antiguo repartimiento.

El primer drama nuevo que en él se ha ejecutado después de este arreglo es el *Molino de Guadalupe*, del Sr. Zorrilla, que ha merecido grandes aplausos, hasta llamar al autor á las tablas. Con gusto vemos que el público va cobrando afición á este autor, que si no siempre le ofrece obras de estudio severo y detenido, rara vez deja de ocuparle agradablemente con los vuelos y gallardías de su imaginación, y con sus fáciles cuanto armoniosos y sonoros versos. Estas cualidades son las de más bulto en el *Molino de Guadalupe*; pero tanto los caracteres como la conducción de la fábula, no pasan de la altura de los melodramas comunes. El acto que más interés y atención excita, es el tercero, en que el espectador está verdaderamente pendiente de un cabello, pero la degradación de tintas está mal manejada en el cuadro general, y esto es causa de su chocante desentonación. No es fácil que el público poco preparado de antemano se acostumbre á aquella condesa convertida en molinero, y mucho menos pase por alto la inverosimilitud de que un hombre tan adusto, suspicaz y desconfiado como el capitán Marchena, tenga á la vista su prisionera y no la conozca, ni siquiera le dé en qué pensar la rara aparición de un extraño en su castillo, cuando un manco y estropeado idiota le causa tantos celos y sospechas. El acto cuarto únicamente destinado á que el horóscopo del supersticioso Marchena no quede por mentiroso, es flojo y lánguido, y el modo de dejar airoso al sábio que lo hizo, un tanto violento. En suma, el autor de *Sancho García* y de *El Zapatero y el Rey* ha quedado en esta ocasión inferior á los recursos de su conocido y distinguido talento. La recompensa concedida al Sr. Rubí se ha hecho extensiva también á este joven poeta, al Sr. Hartzembusch y al Sr. Breton de los Herreros, con infinito gusto de cuantos aman las bellas letras en esta tierra de Calderón y de Lope. Ya que las desdichas que han aquejado á nuestra patria y todavía la oprimen, nieguen á los ingenios de sus hijos otra clase de estímulos y premios, justo es que el trono y el gobierno, sobre quien tanto esplendor derraman, tomen á su cargo el agradecimiento público, una vez que ningún conducto más legítimo pudiera buscarse.

La representación del *Molino de Guadalupe* dejó

mucho que desear. Bueno es que la empresa de la Cruz haga mejoras, como las que llevamos dichas, en su local; pero no olvide que con la actual compañía no podrá aspirar á ofrecer al público piezas de la altura y popularidad de *doña Mencía*, de *Sancho García*, y otras en que el talento del Sr. Latorre y doña Bárbara Lamadrid, campeaba con gran crecimiento de su crédito y buena elección.

El teatro del Circo nos ha hecho dos magníficos regalos: la ópera de *El Nuevo Moisés*, y el baile de *Gisela ó las Willis*, en que ha hecho su primera salida la célebre bailarina *Guy Stephan*. De la ópera poco diremos, pues el nombre de Rossini la abona más que nuestros elogios, pero no queremos callar que los esfuerzos de la empresa se han visto coronados con un éxito cada vez mayor, á medida que los cantantes se han ido posesionando de sus respectivas partes. El color bíblico del asunto está fielmente reflejado en todo el *partito*, y el efecto de los coros y de todos los trozos concertantes es verdaderamente asombroso. Así es que la mayor parte de las noches ha sido forzoso ceder á las exigencias y aclamaciones del público, repitiendo el magnífico final del tercer acto. El Sr. Requer que nuevamente contratado en este teatro hizo su salida en el papel de Moisés, pareció que en la primera noche estaba algo receloso y tímido; pero la buena acogida del público, merecida á nuestro modo de ver, le ha dado ánimo para lucir la extensión y hermosura de su voz. Los demás, y en particular la señora Basso Borio, estuvieron afinados y felices en sus partes respectivas.

La aparición de la señora *Guy Stephan* ha sido un triunfo ruidoso y justísimo. No somos nosotros grandes partidarios de esta clase de espectáculos en que solo los ojos se recrean con grave detrimento de los placeres más notables y elevados del corazón y del entendimiento; pero sea cualquiera nuestro desvío, fuerza nos es confesar que la nueva bailarina ha dado en tierra con él. Verdad es que este linaje de baile apenas tiene nada de común con los que hasta aquí hemos presenciado, examinados casi todos á impresionar y fascinar los sentidos y á no dejar en el ánimo impresiones delicadas y duraderas. El argumento de *Gisela ó las Willis* está lleno de aquella vaga y melancólica pureza de que se revisten la mayor parte de las tradiciones alemanas; cualidad que perfectamente lo acomoda á la escuela noble, caudorosa y delicada de la señora *Guy Stephan*. Dificilmente se aciertan á componer en la imaginación tan exquisito decoro y compostura con la audacia de los movimientos y la rapidez y dificultad de los pasos. Necesario es verlo para comprender hasta qué punto tan difícil descuella un sentimiento puramente moral de idealidad y de belleza en un espectáculo que hasta ahora no había acertado á pintarlo á nuestros ojos. Para los que no han visto en el extranjero á las Essles, Grisis y Taglionis, las *Willis* y su protagonista han abierto un nuevo manantial de sensaciones agradables y dulces por extremo, y no seremos nosotros seguramente quien regatee á la señora *Guy Stephan* como á otras hemos regateado, ó por mejor decir negado, el nombre de *artistas*. Donde quiera que veamos una cosa que se aproxime á aquel tipo eterno de perfección y de hermosura, que más ó menos distinto encuentra en el fondo de su alma cualquier persona bien organizada, allí está para nosotros el arte. Negar á la expresiva y agraciada pantomima y al rigoroso cuanto modesto baile de esta joven la facultad de despertar semejantes emociones, sería una injusticia notoria en nuestro modo de ver. En esto consiste cabalmente su superioridad sobre cuantas bailarinas se han presentado en los teatros de Madrid, y por ello damos al del Circo y á la empresa de baile el parabien de tan bella y preciosa adquisición, si alguna duda pudo dejarle en este punto la unánime y espontánea manifestación de la numerosa y lucida concurrencia.

El interés poco común en sus respectivas esferas de los sucesos que acabamos de referir nos han obligado á extendernos un poco más de lo que hubiéramos querido, y á privar á esta crónica de algunas noticias dignas de ocupar algún lugar en ella. En adelante procuraremos remediar este daño, dando cuenta no solo de acontecimientos científicos, artísticos y literarios que entre nosotros ocurran, sino también de los que en países extranjeros llamen la atención del mundo sabio, que por desgracia suelen pasar ignorados de nosotros. De esta manera haremos por contribuir en proporción de nuestras fuerzas á la obra de la ilustración en nuestro país.

ENRIQUE GIL.